



Este no es un momento para competencias de ninguna índole, yo soy el presidente de la República y pienso en el interés de todos los colombianos”.

IVÁN DUQUE,  
presidente de la República



## MOLINO DE PAPEL

### Más armonía, menos protagonismo

El Gobierno Nacional ha manejado la emergencia provocada por el Covid-19 con la prudencia que se requiere y ha escuchado a los sectores científicos así como a las autoridades de todo el país para tomar las decisiones que más convienen a los colombianos. Por ello no es el momento para que una autoridad de menor rango, desconozca una directriz presidencial y cree confusiones, cuando se requiere más armonía y menos protagonismo en la conducción del Estado. Si el Presidente de la República decidió que los sectores manufacturero y de la construcción retomen actividades a partir del próximo 27 de abril es porque ha consultado y existen las condiciones para ello. Y porque es necesario empezar la reactivación de la

actividad nacional para evitar la crisis social que se está produciendo por el largo aislamiento que ha obligado el virus. Por supuesto, hay que tomar las medidas que sean del caso, tanto en los sitios de trabajo como en el desplazamiento de los trabajadores, para evitar la propagación del coronavirus. También hay que estar atento a lo que suceda en los días siguientes por si es del caso revertir la decisión. Para ello es imprescindible confiar en el presidente Duque y coordinar las actividades de las autoridades locales con las directrices del Gobierno Nacional. Con ello se evitan los choques que confunden y hacen daño, además de desconocer la Constitución Nacional.



¿Ciudad?  
BENJAMÍN BARNEY CALDAS

### Patio y balcón

Los palacios Nazaríes en la Alhambra, en lo alto del Cerro de la Sabika y con Granada a sus pies, se viven alrededor de sus patios, como el Mexuar o el de Comares pero muy especialmente el del Patio de los Leones, donde en la sala de las Dos Hermanas la epigrafía de un poema de Ibn Zamrak (Granada, 1333-1394) deja en claro que “Jardín yo soy que la belleza adorna / sabrás mi ser si mi hermosa miras”. Y en el Partal, caminando por el pórtico al lado de la Torre de las Damas no se sabe qué mirar, si la ciudad abajo o, mirar hacia abajo, al gran estanque al lado opuesto, y ver en él el reflejo duplicado de las terrazas del jardín que se escalonan hacia arriba hacia donde antes estaba la Mezquita Mayor.

Pero además esos palacios cuentan con balcones que miran a la ciudad, como el Mirador de Lindaraja, contiguo a la sala de las Dos hermanas, o las grandes y profundas ventanas de El Salón del Trono que son como pequeños balcones hasta el suelo para poder mirar afuera recostados adentro en bellos cojines. Y en el Cerro del Sol, el Generalife (el jardín del arquitecto) es como un gran balcón sobre el Albayzín con un lejano paisaje de montañas detrás; un gran Carmen (casa y vergel) emplazado sobre un altozano que facilita su guarda y vigilancia como recomienda Ibn Luyun (Almería 1282-1349) en su ‘Tratado de Agricultura y Jardinería’, c. 1348. “Un vergel por el que corren los riachuelos”, dice el Corán de el paraíso.

En Cartagena de Indias las casas de alto del Centro cuentan con patios que las llenan de vida y balcones corridos sobre sus fachadas que permiten mirar abajo a la calle, y desde sus miradores se pueden ver a lo lejos ya no naves piratas sino la ciudad, el mar, la bahía o el Cerro de la Popa; y las altas ventanas de las casas también con patios pero de solo un piso del barrio aledaño de San Diego, son como balcones con altos escaños para quedar más arriba de los que pasan por la calle. Y en Salamina, ‘la Ciudad luz’ del departamento de Caldas, en la que antes que Colombia por algo se llamó La Nueva Granada, hay patios embalconados sobre el paisaje de montañas lejanas que la rodean igual que a Granada.

Pero ahora en las grandes ciudades muchas casas no tienen patios que las adornen ni balcones para mirar su hermosura, y los apartamentos sin patios ni balcones son, independientemente de su área, meros acuarios, y más entre más altos estén, con aire acondicionado, como en Cali, o calentadores, como en Bogotá, pero sin jardín, belleza, adorno ni hermosa. Es lo que no pocos turistas de todas partes encuentran en la Alhambra pero no recorriéndola como corderos sino mirándola como viajeros para descubrir su ser. Ojalá Ibn Zamrak anime a los que aún no han ido a ir cuando pronto se pueda y mientras tanto viajar allá con la imaginación, viendo el enlace: [https://abierta.ugr.es/la\\_alhambra/mapa/](https://abierta.ugr.es/la_alhambra/mapa/).

El punto es que el patio separa la vivienda de la calle y el balcón permite mirarla. Como en el Edificio García, 1939, en Barranquilla, de Manuel José Carrerá Machado (La Habana 1913-1981 Barranquilla) con apartamentos con patios; o los de los últimos pisos y con terraza de las Torres del Parque en Bogotá, de Rogelio Salmona (París 1929-2007 Bogotá). Y hay un prototipo para edificios de siete pisos, y aumentar la densidad, con locales y garaje en el primero y arriba tres apartamentos dúplex escalonados, cada uno más pequeño y girando 90º para generar su patio-balcón sobre el de abajo, y con un corredor para leer en una hamaca ‘Los cuentos de la Alhambra’ de Washington Irving (Nueva York 1783-1859 Tarrytown).



Texto disponible en audio. Descargue el APP AudioLector, escanee el código QR y escuche la nota

### Oasis

CONZALO GALLO G.

Un campo de concentración nazi era la suma de todos los males y, sin embargo, algunos salieron vivos de ese infierno.

El más conocido es el gran siquiatra vienés Viktor Frankl que conmueve e inspira con su libro *El hombre en busca de sentido*.

Traducido a muchos idiomas, es una narración que matiza tantos horrores y rigores con el poder del amor, la resiliencia y la fe.

Casi como escrito con sangre, es un testimonio elocuente de lo que puede soportar y superar un ser humano que no se rinde.

¿Cómo lo hace? Él mismo cuenta cómo se apoyó en el amor, en su fe firme, en el poder de la esperanza y en controlar la mente.

Dice que en ese horrendo lugar halló seres que se comportaban como cerdos y otros que daban lo mejor de sí.

Viktor salió libre al fin de la guerra y había perdido a sus padres, su hermano, su amada esposa y sus bienes.

Pensó en suicidarse, pero se repuso. Su testimonio anima y toca el corazón. Cita una sabia frase de Nietzsche: “Aquel que tiene un buen porqué, siempre encontrará el cómo”.

@Gonzalagallog



De boca en boca  
PAOLA ANDREA GÓMEZ



Zona franca  
JORGE RESTREPO POTES

### A mi amado cumpleaños

Podría decir que lo amé desde niña, cuando llegaba a casa con sus aventuras cómicas y esas viñetas de ‘El club de los cuidapalos’, que buscaba con emoción. Cómo es la vida de bella que, años después, el gran Jaloso, Jaime López Osorno, el mago detrás de ellas, fue mi maestro de Diseño, en Comunicación Social en la Autónoma.

Y creo también que fue ese afecto que se incubó en la infancia, el que en los últimos años de bachillerato me llevó a escribir en el periódico del colegio la Sagrada Familia, en la antigua casona de El Peñón, de la mano de la maestra, Gloria Medina.

Ya para entonces, ese amor de historietas se había transformado en una pasión real, gracias a todas esas narraciones que con propiedad y estilo nos contaba. Hasta imaginaba algún día mostrarle alguna de las mías y tener su aprobación. Qué fortuna tuve, cuando llegué a trabajar para él y con ese anhelo febril de comerme el mundo a través de la palabra escrita me gané su respeto y cumplí el sueño de hacer una vida a su lado; y digo una vida porque ya son 23 los años en su casa, tras un largo recorrido que inició relatando lo que pasaba en el sur de Cali hasta llegar, hace unos años ya, a la jefatura de su redacción.

Por eso hoy, cuando cumple sus 70 años de existencia, quiero darle las gracias por hacer la mía tan plena. Por permitirme conocer esta ciudad, que por años recorrí como reportera del área metropolitana. Tengo decenas de imágenes y voces de gente que conocí en distintos rincones de esa realidad tan fuerte, a veces, tan bella, otras, de esta Cali que lo lleva en su ADN.

Gracias por permitirme trabajar por las causas en las que creo; porque aquí aprendí que este oficio no tiene horario, que no hay satisfacción más grande que saber que tu trabajo pudo ayudar a alguien; que tu voz es necesaria para decir lo que otros quieren expresar, siempre que se haga desde el respeto y la verdad. Gracias porque he crecido y he sido feliz, y porque aún, después de tantos años, siento el mismo orgullo, que la primera vez, al ver mi nombre en su bandera, en mi columna, en una crónica, una entrevista o un reportaje, al lado de tantos y tantas periodistas que admiro y respeto, al igual que a todas las personas que desde distintas áreas hacen posible que nazca todos los días para ser el diario de nuestra gente.

A mi amado cumpleaños le abrazo con el alma y elevo una oración porque supere con vigor las tempestades. A la directora María Elvira Domínguez, gracias por todo su empeño en sacarnos adelante; a mi jefe Diego Martínez, por la confianza y por dejarme ser parte de esta familia; a Luis Guillermo Restrepo, por permitirme hacer opinión, y a la mejor redacción regional de Colombia, por el periodismo de calidad que con mística y rigor ejerce día a día. Dios bendiga a El País y a sus lectores que han hecho posible que esta historia siga siendo contada. @pagope

### Bogotá, 1947

En un almuerzo en la vieja casona ‘La María’ de la familia Restrepo, que marcaba el lindero occidental de Tuluá por aquellas calendas, mi padre dijo que Jorge, su hijo único, viajaría a Bogotá a cursar el bachillerato en el Gimnasio Moderno.

Esa decisión, que debió de ser muy dolorosa para él, para mi madre y para mis abuelos paternos que vivían con nosotros, yo no la dimensioné en ese momento porque en mi fuero interior juzgaba que jamás llegaría el día señalado para abandonar el mundo de ensueño en el que había vivido hasta entonces.

Pero como no hay plazo que no se venza, llegó febrero de 1947 y con él las lágrimas en la preciosa estación del ferrocarril, que a algún bárbaro se le ocurrió demoler. De ‘El Guabito’, que servía a Cali, despegó el bimotor de Avianca que en algo más de una hora aterrizó en Techo, el aeródromo bogotano.

El frío era intenso y lo que vi de la ciudad en medio de su bruma constante se me antojaba igual al Londres de las películas de Sherlock Holmes -todas con el mismo actor, Basil Rathbone- que había visto en el teatro Boyacá de mi pueblo. Todos los hombres vestían de negro, usaban sombrero y algunos llevaban ruana. Pocas mujeres en las calles, en las que corrían los tranvías, cuyas ruedas hacían saltar chispas de los rieles.

El colegio era muy lindo, con sus edificios semejantes a los institutos británicos que mi abuela me enseñaba en las revistas. En

sus verdes campos terminaba la ciudad pues de allí en adelante, hacia el norte, había extensas haciendas, como la de don Pepe Sierra.

Con 300.000 habitantes, Bogotá era el corazón de Colombia, y yo empecé a encontrarle el gusto. Había elegantes salas de cine, de sillería abullonada, tan distinta a la durísima de madera de los tres teatros tulueños. El Teatro Colón era deslumbrante. Los salones de té como el Belalcázar y los Monteblanco eran lujosos. Y había librerías como la Mundial y la Camacho Roldán en las que uno hallaba el libro que se le antojaba.

Y a una hora de la capital, el Salto de Tequendama, cuya catarata celosamente guardada por espesa neblina era aprovechada por los suicidas que se lanzaban para curar de una vez y para siempre sus desencuentros amorosos.

Esa fue la Bogotá que descubrí siendo un niño de 11 años, y en la que he vivido buena parte de mi vida, los siete del Gimnasio, los cinco del Externado de Colombia, y los seis en los que contesté a lista en el Capitolio.

El centro capitalino sufrió al año siguiente los incendios que se produjeron por la ira desatada del pueblo luego del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Los imponentes edificios públicos como el Palacio de Justicia y la Gobernación de Cundinamarca fueron presa de las llamas y aquello parecía una ciudad bombardeada, como las que veíamos en los noticieros durante la Segunda Guerra Mundial.

En este encierro hallé en la biblioteca el libro que recoge las notas de prensa de Gabriel García Márquez escritas entre 1980 y 1984. Cada uno de esos artículos es una joya literaria, y en alguno también rememora la Bogotá de 1947, cuando con 19 años llegó a estudiar Derecho en la Universidad Nacional. Por fortuna abandonó la carrera y lo ganaron, para gloria de Colombia, las bellas letras. La misma bruma que envolvió al Nobel fue la que me recibió hace 73 años. Ese mismo fenómeno atmosférico lo guardo en mi memoria con orgullo.

### Mheo

CONGRESO EN MODO "ZOOM-BIE"

